

ALBERT ZIMMER


Volumen 1. La bruja de Berchtesgaden

ALBERT ZIMMER

Volumen 1. La bruja de Berchtesgaden

BEATRIZ OSÉS

edebé



© Beatriz Osés García, 2021
© de la edición: Edebé, 2021
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Dirección: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look
Ilustración: Iban Barrenetxea

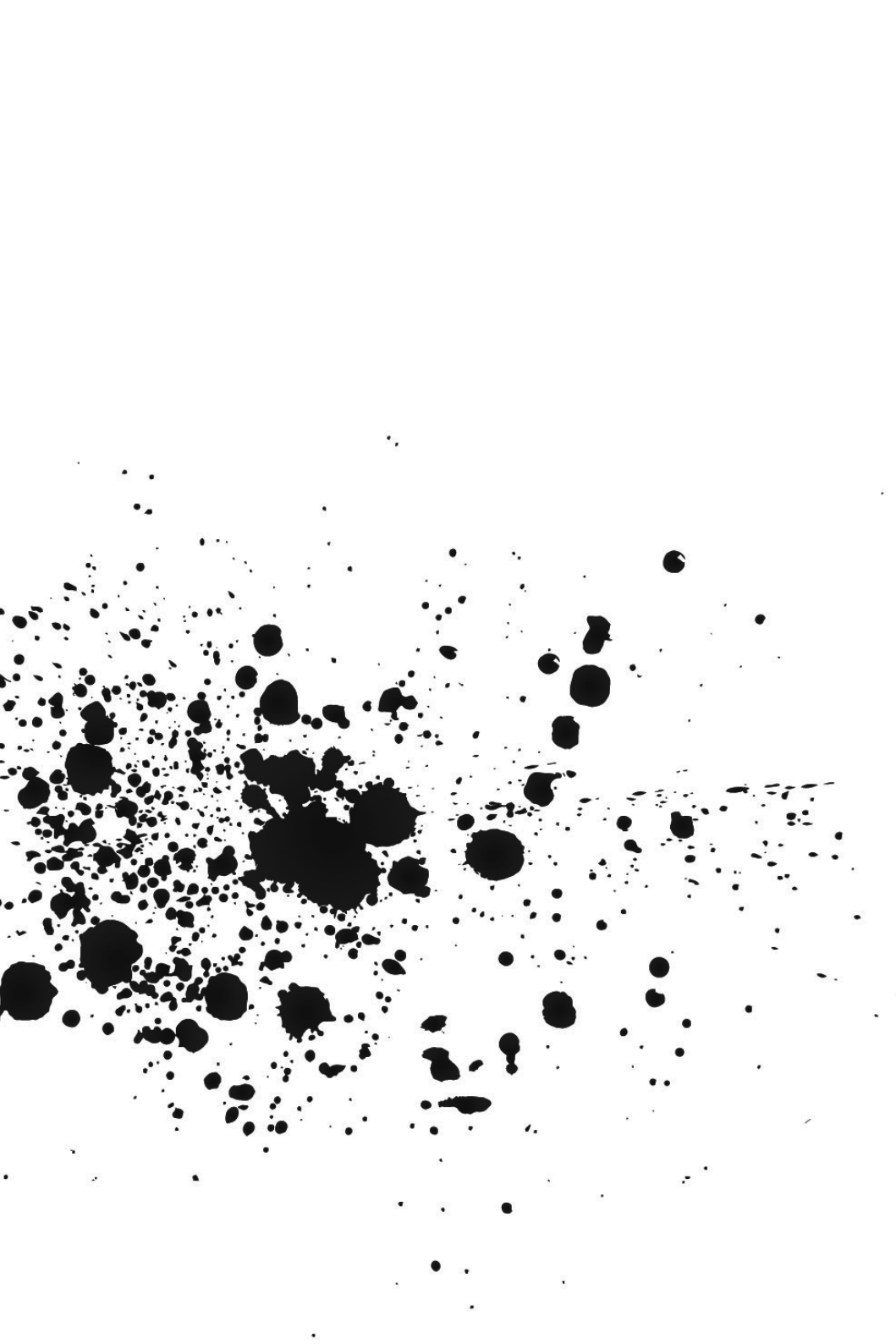
1.^a edición, mayo 2021

ISBN: 978-84-683-5260-2
Depósito legal: B. 1139-2021
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos — www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



*A todos los que me estaban esperando
(Albert Zimmer).*





La chica de Ámsterdam

Ella me esperaba en el mismo lugar y a la misma hora, en una esquina de la plaza Leidseplein, desde el primer año en la universidad. No me hacía preguntas. El silencio formaba parte del trato. Solo me daba lo que necesitaba a cambio de dinero. La conocí en un bar de Ámsterdam frecuentado por jóvenes universitarios. Estudiaba enfermería. Nunca quiso saber nada de mí. Ni siquiera mi nombre. Su pelo largo y rubio me recordaba al de Cloé, igual que su acento. Aquella tarde llevaba un abrigo rojo y un gorro de lana del mismo color. Había empezado a nevar sobre las calles, las bicicletas y sus cestas de metal.

—Hola —me saludó y dejó escapar una bocanada de vaho.

—Hola. —Sonreí igual que un drogadicto que espera su mercancía.

—Aquí tienes —dijo entregándome una pequeña nevara—. Todo según las normas.

—Gracias. —Le pasé un par de billetes con discreción.

—¿Quedamos el próximo mes? —preguntó aunque ya intuía mi respuesta.

—Por supuesto.

—Hasta entonces —se despidió.

La vi alejarse con su figura alargada y enigmática. Parecía una joven más por las calles de Ámsterdam, aunque no lo fuera. Sabía guardar un secreto oscuro durante años. Yo tampoco conocía su nombre. De hecho, nunca llegué a saberlo. Y, sin embargo, bebía su sangre cada semana como un licor dulce y prohibido. Me venía a la memoria la imagen de Cloé y me sentía miserable.



Los Zimmer

Comencé a sospechar que mis padres eran unos monstruos mucho antes de conocer a Berta Vogler en Grasberg. Seguramente me engañé a mí mismo a lo largo de ese tiempo. Nadie en su sano juicio se habría alegrado de crecer junto a unos progenitores sanguinarios. Así que traté de obviar ciertos detalles de mi familia para llevar una vida aparentemente normal. Mis colmillos, sin embargo, siempre me acomplexaron. Sin duda, el panoli de Erik Vogler contribuyó a cuestionar mi naturaleza y mis propios orígenes. Si no hubiera sido por él, quizá no habría descubierto los demonios que me rodeaban o lo habría hecho más tarde. Desde la última vez que nos vimos, habían transcurrido algo más de dos años. Yo ya no era Zimmer.

—¿Ackermann?

—Al habla —dije apartándome de mi mesa de estudio.

—Soy el comisario Roth.

—¿Roth?

—Sí, Hertz y Bergmann se jubilaron. Ahora estoy al mando de la comisaría.

Puse los pies encima de mis apuntes de medicina legal y forense. Me pregunté qué querría Roth tanto tiempo des-

pués y cómo me había localizado en mi nuevo número de móvil. No tardó en sacarme de dudas.

—Berta Vogler me aconsejó que te llamara y me pasó tu teléfono. Me contó que estás estudiando criminología.

«La incombustible Berta», pensé y sonreí. «¿Qué estaría tramando?».

—Bueno, acabo de empezar —puntualicé—. Me gustaría trabajar como detective privado.

—Sí, sí —prosiguió Roth—. Ella ya me ha explicado tus planes. Deberías abrir la agencia aquí —dijo refiriéndose a Alemania—. Las novelas policíacas de Berta han cosechado un gran éxito. Todo el mundo te conoce gracias a sus libros.

Suspiré hondo. La sombra de los Vogler era demasiado alargada. Y no había vuelto a hablar con Erik desde lo que sucedió con Cloé. Él me la tenía jurada. *La Rose Rouge* nos había marcado para siempre. Y no podía dejar de sentirme culpable. La voz del comisario me devolvió a la realidad:

—Necesito que vengas a Bremen urgentemente.

—¿En Navidad? —pregunté extrañado.

—¿Tienes algún plan mejor?

—No —confesé.

—Entonces, haz las maletas.

—¿Se trata de una estrategia de Berta Vogler para que vaya a visitarla?

Me la imaginaba capaz de eso y de mucho más.

—Me temo que no es el caso —reconoció el comisario.

—¿Y cuál es el caso?

—Dos adolescentes muertos.

—¿Dos adolescentes? —repetí impresionado—. ¿Y por qué quiere que le ayude con la investigación?

—Dadas las características que rodean los crímenes, considero que tu colaboración resultaría muy oportuna.

—¿A qué se refiere?

Roth se aclaró la voz.

—Hablaremos a tu llegada a Bremen, Ackermann. Te espero mañana en la comisaría.

Apagué el móvil y salí de mi cuarto. Crucé el pasillo de mi apartamento, entré en la cocina y abrí la puerta del frigorífico. Extraje un pequeño tubo de cristal y bebí la sangre de un trago. Tenía que regresar a Bremen después de lo sucedido en *La Rose Rouge*. Consulté los horarios de trenes y metí, sin orden ni concierto, la ropa en una bolsa de viaje.





El regreso

En el tren, de camino a Alemania, contemplé el paisaje holandés y recordé la mansión de mis padres en Westerlee. En algún momento de mi infancia fui feliz. Los quise a pesar de sus extrañas reacciones y comportamientos, a pesar de que la imagen perfecta que proyectaban al exterior me llenaba de incertidumbre. Los quise con el ansia del que desea una familia y encajar en un puzzle complicado. Sin embargo, siempre hubo algo que desentonaba en ellos y en mí. Erik Vogler lo supo desde el principio, desde que jugamos la partida de ajedrez en Grasberg. Todavía me pregunto cómo un pelele como él pudo adivinar el secreto de los Zimmer. Seguramente lo subestimé.

De lo que no albergaba ninguna duda era de que, con sus antecedentes, continuaría siendo un pijo insoportable. Odiaba su ropa de marca y ese perfume intenso francés que dejaba a su paso. ¿Cómo se llamaba?... Había olvidado su nombre. Lo que recordaba con solo cerrar los párpados era el olor de Cloé. Sonreí ligeramente. Apoyé la cabeza sobre la cazadora que había estrujado contra la ventana del tren.

Traté de descansar. A mi mente volvió la imagen del salón de *La Rose Rouge*. Y sus ojos verdes mirándome aturridos. El sonido del móvil me arrancó de mis pensamientos. Tanteé el bolsillo de mi pantalón vaquero.

—¿Albert? —Reconocí de inmediato su voz enérgica.

—Sí, Berta, soy yo.

—¿Te ha llamado Roth? —No me dio tiempo a contestar y me descerrajó la siguiente pregunta—: ¿Has aceptado colaborar en el caso?

—Sí, he tomado el primer tren y voy hacia Bremen.

—¡Qué alegría! ¡Tengo tantas ganas de verte, querido! Está a punto de llegar la Navidad y me tocaba pasar estos días con Frank y con Erik. ¿Te lo imaginas?

No quería ni pensarlo.

—No te preocupes, Albert. Mi hijo y mi nieto se las pueden apañar sin mí. No estarás solo porque he decidido ir contigo a Berchtesgaden.

—¿Adónde?

—¿No te ha informado el comisario? Los chicos que han aparecido asesinados vivían en Berchtesgaden. ¡Pobrecillos, tan jóvenes!

—No tenía ni idea.

—Si viene en «*Guguel*». Lo buscas en internet y aparece. ¿No se supone que vas a ser detective? —me regañó.

No esperaba el rapapolvo. Me revolví incómodo. Desde su asiento, al otro lado del pasillo, una señora me miraba con descaro.

—Ha sido todo muy repentino —quise defenderme bajando la voz y esquivando la mirada de la viajera entrometida.

—No quiero excusas, Albert. Eso resulta más propio de Erik. Así que ponte las pilas en el trayecto y lee todo lo que

se ha publicado al respecto. Le he dado excelentes referencias a Roth sobre ti —sonaba a amenaza y, viniendo de ella, más me valía estar preparado.

—Hablando de tu nieto —varié de asunto—, ¿sabe que voy a Bremen?

—No creo que resulte necesario.

Resoplé contra la ventanilla, los árboles y el verde, contra el cristal que empezaba a cubrirse de lluvia.

—Me odia —dije sin pesar.

—Con todas sus fuerzas —remató ella.

—¿Crees que el tiempo...?

—Querido, te odia con la misma intensidad que a su regreso de *La Rose Rouge* y de eso han pasado más de dos años.

—Entonces, mejor que no lo sepa.

—Mis labios están sellados. A propósito, ¿has buscado algún alojamiento en Bremen?

—Sí, ya he reservado hotel —mentí.

—Sabes que me hubiera encantado invitarte a nuestra casa, pero no está el horno para bollos.

—Lo entiendo, no te preocupes —la disculpé y le oí suspirar—. Por cierto, ¿sigues escribiendo?

—Desde luego. Tengo que buscar ideas para mis próximas novelas. Es otro de los motivos por los que te voy a acompañar a Berchtesgaden. El comisario Roth me ha autorizado. Por si no lo sabes, se considera un gran fan de mis libros —apuntó con coquetería.

—Vaya, vaya... —Dejé escapar una abierta sonrisa y miré directamente a la señora que me seguía espiando y cuyo reflejo podía distinguir en el cristal de la ventana.

Ella giró el cuello asustada para evitar mi rostro. Tenía que admitir que me divertía ver cómo los desconocidos em-

palidecían o intentaban disimular un ligero temblor en las manos cada vez que les mostraba mis colmillos o fijaba la mirada en ellos por más tiempo de lo debido.

—¿Y tus clases de artes marciales? —pregunté a Berta cambiando de tercio.

—El señor Moon dice que progreso adecuadamente.

—¿Cinturón?

—Verde —respondió muy digna—, pero porque solo viene dos veces por semana.

Admiraba a Berta desde que la conocí en Grasberg. Me maravillaban su energía y su ímpetu. No me había cruzado con nadie igual en mi vida. A sus setenta y dos años era un torbellino, con aquellos pelos eléctricos de leona, incapaz de rendirse. La idea de que se convirtiera en mi compañera en la investigación me alegró. ¿Quién mejor que ella para protegerme de mí mismo?

